

GUY DE MAUPASSANT Y SU MADRE

por

Antoine Albalat

Hoy casi nadie puede imaginar el clamor que provocaron las primeras publicaciones de Guy de Maupassant y el prestigio que ejerció sobre la juventud este escritor de fuertes emociones y de leve brutalidad, que parecía una especie de Flaubert más distendido y más familiar.

Merece ser contada la manera en la que conocí a Maupassant hacia 1890, porque demuestra el aspecto generoso de una personalidad a la que demasiado a menudo se ha tachado de egoísta.

Yo había publicado unos relatos y unas páginas críticas que le agradaron y que tuvo a bien aprobar. Tras un intercambio de dos o tres cartas, no puede resistirme a la invitación que me hizo para ir a verle en el viaje que haría a París próximamente. Él residía por aquel entonces en la calle Montchanain, en el barrio de Monceau, en un pequeño apartamento tranquilo donde vivía apaciblemente en soledad y en silencio. Era el mes de mayo, sobre las dos de la tarde. Se oía el canto de los pájaros; los árboles tenían sus hojas tiernas, y la barriada no era turbada más que por el pacífico paso del primer tranvía eléctrico Madeleine-Perret. Tras haberme hecho esperar un instante en su despacho, Maupassant no tardó en unírseme. « Puesto que ya está aquí, me dijo, tomemos el café juntos.» Yo todavía ignoraba como era físicamente. A ese gran muchacho, de maneras distinguidas y de sólida complexión normanda, no le gustaba demasiado que publicasen su retrato. Quedé muy impresionado por la huidiza expresión de sus ojos azules, que parecían mirar más allá de su mirada natural. La enfermedad de Maupassant no sorprendió a los que vieron de cerca su mirada. Cada uno lleva sobre su rostro la máscara premonitoria de sus futuras decadencias.

Maupassant me recibió con una amabilidad muy sencilla. Me habló de la provincia y del buen trabajo que allí se hacía. « Vivo en París, me dijo, lo menos posible.» Me preguntó detalles sobre dos o tres novelas que yo había publicado y que, a falta de publicidad, habían pasado prácticamente desapercibidas. « Usted hace, me dijo, un trabajo de chinos. En primer lugar se entregan las obras en un periódico o en una revista. ¿No conoce usted directores de revistas? – Lamentablemente, le dije yo, conozco a poca gente en París, donde solamente vengo una vez al año y durante un mes. » Él reflexionó. « Hablaré con Baschet, el director de la *Revue Illustrée* ». Se lo agradecí y cambiamos de tema. Marché persuadido de que no había que pensar en serio en esa amable promesa. Por sincera que fuese la simpatía que se me brindaba, yo no era para Maupassant más que un desconocido. « No pensaré más en mí, me decía, y no me gustaría. » Regresé a mi provincia para reemprender mi estéril labor y mis bellas lecturas sin ocuparme más de esa visita, cuando, pasadas algunas semanas, recibí unas palabras del Sr. Baschet, diciéndome más o menos esto: « El Sr. de Maupassant me ha hablado muy elogiosamente de usted. ¿Tiene algo que enviarme? ». El autor de *Mademoiselle Fifi* había mantenido su palabra. El Sr. Baschet dirigía entonces la elegante *Revue Illustrée*, de la que todos los artistas guardan un gran recuerdo, y que dejó para acometer la dirección de *l'Illustration*. Escribí a Maupassant una carta de agradecimiento e informé al Sr. Baschet que de momento solo tenía una pequeña novela disponible, que estaba en manos del editor Ollendorff. Algunos días después, el manuscrito se encontraba en la *Revue Illustrée*, y el Sr. Baschet me escribía para comunicarme que lamentaba no poder insertar un relato tan largo, pero que podía entregarle otra cosa. A partir de ese momento, envié a la *Revue Illustrée* una serie de

relatos, especialmente *el Matrimonio de Lucile*, que se publicó en cinco entregas y fue reproducido en el suplemento del *Journal*, entonces dirigido por el Sr. Fasquelle.

Este recuerdo acude a mi memoria cada vez que se denuncia el egoísmo de Maupassant. Los hechos que componen la biografía oficial de un autor alguna razón tendrán; pero se podría también fácilmente encontrar otros que compondrían una biografía igualmente verídica. La vida laboral que yo llevaba en provincias había interesado al autor de *la Casa Tellier*, que siempre se vio atraído por el estudio de las existencias provincianas. Este robusto normando confesaba que la pintura de la vida parisina le resultaba difícil: «Haga lo que haga, decía, jamás conseguiré ser un novelista auténticamente parisino. Mi infancia y mi adolescencia no han sido alimentadas por la atmósfera tan especial de París. Hay que estar muy embebido e impregnarse del espectáculo tan variado de las calles de esta ciudad para ser realmente parisino en lo que se escribe. Podría conocer París en todos sus lugares más recónditos, haber estudiado su vida y observado sus aspectos, que aún así jamás podría plasmar en mis frases esa vibración interior y característica que hace que uno piense tras leer una página: «¡Cómo es París todo eso!» No, nunca tendré bastantes recuerdos mezclados en mi carne y en mi espíritu para ser tan parisino como François Coppée, por ejemplo, o como Anatole France. »

Fue en la descripción de las costumbres de provincias como Maupassant mostró todo su talento, y, en el fondo, no trabajaba realmente bien más que en provincias. En mi primera visita, como yo admirase su intensa producción, me dijo sonriendo: « No; no trabajo excesivamente... Dos o tres horas al día, nada más. » El habito del trabajo mesurado y familiar provenía de sus primeros años como funcionario. Es conocido que Maupassant fue un burócrata modelo, que conservó su plaza y la mantuvo preciosamente, en tanto que la literatura no le reportó lo que él soñaba. La burocracia le dio el gusto por el trabajo regular y le proporcionó hermosos modelos de empleados que figuran en su obra. El agotamiento literario no debe ser pues contado entre las causas que determinaron la terrible enfermedad a la que Maupassant debía sucumbir, a pesar de su vida de ejercicio, de viajes y de sanas fatigas.

El autor de *Pierre y Jean*, muy pronto sintió ya la inanidad de la vida y, apenas en sus inicios, ya estaba hastiado de literatura y de gloria. « Solo tengo un deseo, escribía tras cuatro años de vida literaria a un director de una revista, que consiste en no escribir ni una línea más en ningún periódico del mundo... Tengo una imperiosa necesidad de no escuchar hablar más de literatura, de no hacerla, de ir a vivir e ir a respirar lejos un aire menos artístico que el nuestro» Debía luchar cinco o seis años aun contra esa obligación, y ese esfuerzo acabó pronto por « alterar su humor y destrozarse los nervios ».¹

Maupassant fue un escritor poderoso y atrevido, uno de los que, a ejemplo de Zola, llevaron hasta la brutalidad la copia de la vida real. No inventaba nada. Se hacía contar historias por los lugareños y las escribía casi sin rectificar. Apenas consentía en embellecerlas. Su intransigente realismo no perdonaba los retoques que un artista concienzudo cree poder añadir a la trasposición de lo real. Publicó en el *Gil Blas*, un artículo vapuleando la obra de Pierre Loti, *Pêcheur d'Island*, crítica que pocas personas recuerdan. Reprochaba a Loti haber falseado la verdad, haciendo de un prosaico pescador bretón un ser falso y ridículamente novelesco.

Maupassant tenía el trabajo fácil y no repetía mucho sus frases. Sin embargo sabía sacar partido a su material, y recuperar y utilizar a menudo varias veces los mismos fragmentos, como podemos convencernos de ellos comparando los pasajes del volumen

¹ D'Almérés. *Avant la gloire*, I., 71.

El tío Milón (p. 25 a 38; 69 a 80; 123 a 133) con los pasajes de la novela *Una Vida* (p. 60 a 67; 235 a 255; 215 a 218). He aquí un ejemplo:

EL TÍO MILÓN (P. 38 A 92)

En la confusión aquella, encuentro chucherías estropeadas, esas viejas cosillas insignificantes que rodaron por espacio de cuarenta años junto a nosotros, sin que nunca nos fijásemos en ellas, y que, cuando de pronto se vuelven a ver, toman una importancia, una significación de testigos antiguos. Me hacen el efecto de esas personas a quienes se vio tiempo infinito sin que se revelasen, y que, de repente, una tarde, por un motivo fútil, se desbordan en una charla inacabable, contando acerca de si mismas unas cosas que ni siquiera se sospechaban.

Y voy de un objeto a otro con ligeras sacudidas en el corazón, exclamando: «¡Toma! Esto yo lo rompí; y lo rompí el día que Pablo marchó a Lyon», o bien: «¡Ah!, ésta es la pequeña linterna de mamaíta; aquella linterna que empleaba para ir a la iglesia las noches de invierno.»

UNA VIDA (P. 294, 295)

Vio mil adornos antaño conocidos, que habían desaparecido de pronto sin que hubiera caído en la cuenta de ello; naderías que había utilizado; cosas sin importancia, viejas e insignificantes, que habían andado rodando a su alance durante quince años, que había visto a diario sin fijarse en ellas; y, de repente, al volver a encontrarlas en aquel desván, junto a otras más antiguas de las que recordaba a la perfección el lugar que ocupaban al principio, cuando ella acababa de llegar, cobraban la súbita importancia de unos testigos olvidados, de unos amigos recuperados. Eran para ella como esas personas a las que hemos tratado mucho tiempo, sin que nunca se hayan dado a conocer, y que, de súbito, una noche, por un motivo nimio, se ponen a charlar interminablemente, a contar todos cuanto llevan en el alma y que nadie sospechaba.

Jeanne iba de un objeto a otro, dándole brincos el corazón y diciéndose: «anda, esta taza de la China la rajé yo una noche, pocos días antes de la boda. ¡Mira! el farol pequeño de mamaíta; y el bastón que rompió papaíto queriendo abrir la cerca, que tenía la madera hinchada de la lluvia.»

A Maupassant le gustaban los chascarrillos, las mistificaciones, las bromas pesadas. Compinchado con dos amigos, Eugène Gavarry y Paul Hervieu, «montó», como se suele decir, una historia extraordinaria a una amiga galante llamada Hélène que, según parece, era muy crédula. Maupassant invitó a la joven a cenar a la calle Montchanin para presentarle a un supuesto conde italiano Gavarry, archimillonario, que acababa de instalarse en París llevando una vida de ocio. A esa cena asistían Paul Hervieu, Gros-Claude, Capus, Bonières, Mendès, Lenôtre y Gavarry, que representó admirablemente su papel. Ese pretendido conde italiano tenía monedas de cien francos de oro en su bolsillo y manejaba negligentemente billetes falsos de mil francos, contando en todo momento sus locas aventuras con sus amigos los soberanos europeos. La ingenua Hélène cayó en la trampa. Maupassant reía de tal modo que creyó que iba a congestionarse. Hélène propuso al conde italiano presentarle a un gran decorador que se encargaría de su instalación. El conde Gavarry se retiró hacia las 11, fingiendo llevar con él una mujer que se había hecho pasar por la amante de Hervieu, lo que hizo decir a Hélène: – ¡Qué falta de dignidad la de este Hervieu! ¡Ha vendido su amiga al conde italiano!

Esta anécdota hubiese podido figurar en el libro de recuerdos publicados por el ayuda de cámara del «Sr. Guy». El autor de *Bola de Sebo* pasaba por ser un caballero de letras que mantenía generalmente las distancias. El libro de su ayuda de cámara nos lo muestra intensamente familiar y tomando a su criado por confidente de sus proyectos amorosos o literarios. El criado de Chateaubriand daba lecciones de exactitud al autor de *Atala*; el de Maupassant es un hombre lleno de admiración y de respeto por su señor.

Hay otros testimonios del espíritu bromista de Maupassant. No le disgustaba, por ejemplo, hacerse pasar por antropófago. «He comido carne de mujer, es exquisita; hasta he repetido, dijo a la Sra. Leconte du Nouy.» En un estudio psicológico publicado en

1913, el Dr. Maurice Pillet diserta con gran seriedad sobre la antropofagia de Maupassant.²

A Maupassant se le ha reprochado su brutalidad y vanidad. Por otra parte se ha querido seguir en su obra la huella creciente de su locura. He visto a Maupassant varias veces. No me pareció ni un bruto ni un imbécil. Que se hayan constatado en él puerilidades, mentiras, actos de megalomanía, a medida que se desarrollaba su terrible mal, es posible; ¿pero por qué hacerlo responsable de ello y acusar su carácter? No soy de los que piensan que se pueden encontrar hasta en sus primeros relatos las señales que anticiparían su futuro estado psíquico³. Una tan larga evolución me parece muy exagerada. Me niego sobre todo a ver en esos bellos relatos: *Sobre el agua*, *Loco* e incluso *el Horla*, manifestaciones positivas de cualquier tipo de enfermedad. No, el hombre que escribió esas páginas no había perdido consciencia de su ser; su lucidez permanecía intacta, y no estaba más loco que Zola cuando éste último hacía su espantosa descripción del miedo a la muerte en *Alegría de vivir*.

Varios años tras la muerte de Maupassant, la sobrina de Gustave Flaubert, entonces la Sra. Commanville que era conocedora de mi admiración por el autor de la *Casa Tellier*, me propuso darme una carta de recomendación para su madre que vivía en Niza. « Está enferma, me dijo ella; no abandona la cama. Es una mujer encantadora. Estará feliz de hablar de su hijo.»

De paso por Niza, me apresuré a dirigirme a casa de la Sra. de Maupassant. Vivía al lado de la avenida Mirabeau, en una villa rodeada de un modesto jardín. Se me hizo entrar en el dormitorio. La Sra. de Maupassant, a medias incorporada apoyada en dos cojines, descansaba en su cama. Vi a una mujer sonriente y amable, una buena burguesa distinguida; me hizo una indicación con los ojos de que me sentase y enseguida me sentí cómodo. La aceptación de un irreparable duelo y de una enfermedad sin remedio daba a su rostro una altiva expresión de desdén y nobleza.

Conociendo el interés que su hijo había querido testimoniarme, me dijo: « Realmente debía tenerlo en buena estima, pues mostraba esa complacencia por muy pocos debutantes.» Volví varias veces a ver a la Sra. de Maupassant. Ella hablaba con confianza. Quedé conmovido por esa criatura de fatalidad y dolor. Conservaba por Guy un culto de adoración inconsolable. Había sido su amiga en todo instante; trabajaba con él, releía sus páginas, discutía sus novelas y relatos, orgullosa de su fama, solo sabiendo todo lo que ese bello talento podía todavía realizar; luego, bruscamente, había visto a su hijo bien amado oscurecerse en la demencia, sobrevivir un instante para morir con la más lenta y más horrible de las muertes. ¿Por qué él? ¿Qué había hecho? Ella golpeaba su alma con ese pensamiento, como se golpea la frente contra la pared de un calabozo. «Sí, ¿por qué? ¿Dónde está la justicia? ¿Qué es lo que Dios quiere con semejantes acciones? Desde ese momento sentí que mi vida había acabado. La muerte me resultará dulce. La espero todos los días.» Acostada en la cama después de varios años, sofocada al menor esfuerzo, sabía que su enfermedad no la perdonaría y que su turno llegaría pronto. « Casi no puedo moverme, decía; mi corazón se ha desplazado. Ha remontado en mi pecho. Los médicos no pueden hacer nada. Estoy resignada. Todo me da igual. No tengo miedo a la nada. Cuanto antes sea, mejor.» Y, como yo pronunciase palabras de esperanza incluso sobre la inseguridad de la nada, ella se encogió de hombros: – « No, dijo ella. Estoy muy tranquila. La vida no tendría ningún sentido si Dios existiese. Y, si existe, nos veremos. Tiene cuentas que rendirme.» Hablaba con una implacable

² *Maupassant romancier de soi-même*, por Deffoux y Zavia, p. 17.

³ Dr. Lagriffe, Guy de Maupassant, étude de psychologie pathologique.

Puede leerse en español en <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant> (N. del T.)

tranquilidad, enfatizando con sus impotentes manos sus crisis de rechazo y negación, fuera de lugar en esa habitación, ante el bello cielo azul de Niza que recortaba los naranjos del jardín.

Yo trataba de consolar a esa madre haciéndole contar sus recuerdos sobre su hijo. ¿Había comenzado a escribir pronto? ¿Qué leía? ¿Cómo trabajaba? La melancolía del pasado hacía aflorar un momento la sonrisa en los labios de la enferma. Respondía diligentemente a mis preguntas, porque sabía que mi admiración era sincera. Me confirmó que Maupassant no inventaba nada; que la mayoría de sus temas eran historias contadas por lugareños. Se decía que se había matado por culpa del trabajo y por el abuso de anestésicos. « Nada más falso, me dijo ella. Guy nunca trabaja más de dos horas diarias. El resto de su tiempo lo dedicaba al ejercicio físico. Desgraciadamente la preocupación por el trabajo le seguía a todas partes. No pensaba más que en eso. En cuanto al éter y a la morfina, la comenzó a tomar con motivo de los primeros embates de su mal, después de los primeros trastornos cerebrales. » La Sra. de Maupassant no dejaba de hablar de su querido hijo; luego nos dedicamos a buscar manuscritos. Ella me indicaba los muebles; yo sacaba los papeles; ella elegía lo que quería leer, bocetos de relatos, planes de novelas o de piezas de teatro, muchas poesías inéditas...

Se ha dicho que la Sra. de Maupassant habría tenido la mente trastornada por el dolor que le causó la separación de su marido. « Amigos bien intencionados, leemos en el *Mercur*, señalan en ella aprensiones de locura, alucinaciones de la vista y diferente fenómenos neuropáticos, que se reprodujeron a continuación, agravados cuando intentó envenenarse o cuando hubo que cortarle los cabellos para evitar que se estrangulase con ellos. » No se lo que hay de cierto en estos rumores; lo que puedo decir, es que la Sra. de Maupassant me dio la impresión de una persona perfectamente equilibrada y que, a pesar de su cruel enfermedad y su desesperación, no pensaba en absoluto en el suicidio.

Vi a la Sra. de Maupassant durante dos inviernos en Niza. Cuando me despedí de ella, a finales del segundo invierno, ella me dijo sonriendo: « No me volverá a ver. » Sin embargo todavía vivió algunos años más, hasta 1903. Su recuerdo no desaparecerá jamás de mi memoria. Siempre veré a esta madre trágica, incorporado sobre sus cojines, a quién la muerte de su hijo no inspiró más que sentimiento de rechazo e incredulidad sin esperanza.

Extraído del capítulo VI del libro *Souvenirs de la vie littéraire* p. 251 a 264 de Antoine Albalat, publicado en París en 1920 por Arthème Fayard et Cia. Editeurs.

© Por la traducción: José M. Ramos. Pontevedra 2009
para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>